

José Manuel Cuéllar Moreno

La razón pendular de Emilio Uranga

Una historia del existencialismo mexicano

Herder

Diseño de la cubierta: Ilan Garnett
Ilustración de la portada: Allan G. Ramírez
Fotografía de solapa: Joaquín Trujillo

© 2025, José Manuel Cuéllar Moreno

© 2025, Herder Libros, Ciudad de México / Herder Editorial, Barcelona

Herder Libros S. de R.L. de C.V.
Tehuantepec 52 B, Roma Sur,
Cuauhtémoc, 06760 Ciudad de México

ISBN (México): 978-970-96571-2-8

ISBN (España): 978-84-254-5378-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Corrección de estilo: Camila Joselevich
Imprenta: Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Impreso en México - Printed in Mexico

Herder
www.herdereditorial.com

Índice

Prólogo

El sentido de la existencia	11
-----------------------------------	----

Primera parte

Andanzas de mocedades (1921-1944)	19
---	----

1. Una breve fulguración	21
2. La Nena Serrano	26
3. Vida filosófica, en cualquier sentido que fuese, no hay aquí	38

Segunda parte

Los atlantes de Mascarones (1944-1946)	49
--	----

4. La voz trágica de José Gaos	51
5. Estás conmigo (<i>Avec moi</i>)	66
6. En la casa donde alguien muere todo cambia	72

Tercera parte

El existencialismo mexicano (1947-1949)	85
---	----

7. Una tarta de crema llamada Sartre	87
8. El nacimiento de un titán	92
9. Revolución y taxidermia	98
10. Existencialismo en dosis inofensivas	103

11. García Bacca y la mentira	107
12. Las tribulaciones de Alí Chumacero	118
13. Los jóvenes demonios lanzan su grito de guerra	126
14. El licencioso pero ineludible deseo de ser Dios	136
15. Simone de Beauvoir y Merleau-Ponty visitan México	145
16. Postdata	153

Cuarta parte

Neokantianos <i>vs.</i> existencialistas (1947-1949)	157
17. Anacrónicos, aguerridos y pedantes	159
18. ¿Quién hace la filosofía?	163
19. Una Academia roedora y de orejas largas	170
20. A la sombra de los ahuehuetes	176
21. Eduardo García Máynez y Juan Manuel Terán necesitan con urgencia un curso de fenomenología	183
22. Los neokantianos son como brujos primitivos	192
23. Las conferencias del IFAL (entrelíneas)	196
24. Francisco Larroyo rompe el silencio	202

Quinta parte

La filosofía de lo mexicano (1948-1950)	205
25. Tres paradas antes de la estación final	207
26. La Universidad no dará a ganar un solo peso	216
27. Zozobra	232
28. Marxistas <i>vs.</i> existencialistas	239
29. La filosofía mexicana se echa a la calle	253
30. Discreción y señorío (sobre cómo rebelarse ante la autoridad)	258

31. El III Congreso Interamericano de Filosofía	264
32. La vía mexicana	269
33. ¿Existencialismo? ¡Eso es basura!, dice Vasconcelos	275
34. Emilio Uranga en el laberinto	282
35. Ciudad Universitaria	293

Sexta parte

El amor cínico (1950-1953)	295
36. La intelectualidad	297
37. El verdugo melancólico	300
38. Emilio Uranga vs. Rodolfo Usigli	305
39. Nacionalismo vs. humanismo	308
40. La primera deserción	317
41. <i>Nepantla</i>	318
42. El filosofar revueltísimo de José Revueltas	325
43. Un infinito dédalo de espejos	334
44. Las vicisitudes de una revista	344
45. José Gaos mira a Leopoldo Zea	355
46. El mirlo blanco	359
47. Filosofía y poder	365
48. Análisis del ser del mexicano	371
49. La exquisita dolencia	382
50. Un pacto con el Diablo	388
51. El derrumbe de un titán	391

Epílogo

Una noche relampagueante que no cesa	397
Agradecimientos	417
Notas	421



Emilio Uranga

¿Qué pasaría si un día o una noche un demonio se deslizara furtivo en tu más solitaria soledad y te dijera: 'Esta vida, tal como la vives ahora y tal como la has vivido, la tendrás que vivir una vez más e incontables veces más; y no habrá nada nuevo en ella, sino que cada dolor y cada placer y cada pensamiento y suspiro y todo lo indeciblemente pequeño y grande de tu vida tendrá que retornar a ti y todo en la misma serie y en la misma sucesión...?'

Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*

Hay vidas tan dignas de ser contadas, en su espectáculo cotidiano y extraordinario, como de ser vividas en un ruedo interior atravesado por tempestades subjetivas.

Emilio Uranga (1972)

Prólogo

El sentido de la existencia

Es cierto, al mexicano hay que darle de comer, hay que darle todos los instrumentos para una mejor vida, pero también, simultáneamente y no después, hay que darle un sentido a esa vida. Un para qué vivir, un para qué comer, un para qué tener resueltos los problemas materiales. Este para qué es lo que se llama sentido.

Leopoldo Zea, “Escila y Caribdis de la cultura mexicana” (1952)

Lo demoníaco expresa quizá la condición humana vivida en una proximidad candente.

Emilio Uranga, “Sobre el Doktor Faustus de Thoman Mann” (1952)

EL PECADO DE LA SOBERBIA

Un grupo de jóvenes endemoniados recorría las calles de la Ciudad de México desde las 10 de la noche hasta el amanecer, interrogando con la voz en grito todo cuanto existe entre el cielo y la tierra. Se hacían llamar el Grupo Hiperión y pregonaban una filosofía soberbia, maldita y desquiciadora. “Según una antigua tradición teológica, soberbia es poner la propia libertad por fundamento primero y exclusivo de nuestro ser. La soberbia, pecado demoníaco por excelencia, está ligada a la auténtica rebelión”.¹

El mal, en sentido estricto, no existe. No es nada. Puede definirse, a lo sumo, como la ausencia de bien o como el infinito alejamiento de la bondad divina. “Querer ser Dios y no poderlo es justamente una ‘desesperación infernal’. Así aparece descrita la desesperación demoníaca en la Biblia”.²

Demoníacos e incomprensibles fueron los indios para los primeros conquistadores. Demoníaca fue la furia libertaria de Miguel Hidalgo. Demoníaca la revolución que puso a México de cabeza en 1910. Demoníaco fue el Grupo Hiperión por proponer una moral de la accidentalidad y el infundio (una moral sin fundamentos graníticos) y por quebrantar la ilusión de un mundo seguro, sustancial, determinado. Había que recordar lo obvio, que es, a la vez, lo más insoportable: somos cuerpos vulnerables y a merced del azar. Nada está escrito de antemano. Y si existir conlleva un constante peligro, también conlleva una constante responsabilidad. La existencia es, al fin y al cabo, nuestra libre y siempre inacabada hechura.

Estos jóvenes existencialistas se atrevieron a lo impensable: le plantaron cara al flamante PRI. A la Revolución “ojerosa y pintada” de Miguel Alemán Valdés —obnubilada por los rascacielos de Mario Pani, las obras públicas, el cine de Pedro Infante, los cocteles en Acapulco—, opusieron una revolución “íntima y cordial”. “¿Qué es el mexicano?”, se preguntaban todos por entonces en la plaza pública. “¿Qué es el mexicano?”, repitieron los hiperiones con sorna. El mexicano no es nada —se respondieron— más que un puñado de posibilidades en espera de realización, un quehacer colectivo, un accidente en el tumultuoso devenir de la historia. El mexicano —concluyeron— tiene una importante lección que enseñar a la humanidad: la de que el estado normal del mundo es la crisis.

Los hiperiones se rehusaron a comentar libros. Trataron a Jean-Paul Sartre, Merleau-Ponty y Gabriel Marcel de tú a tú. Querían demostrar que aquí, en México, no solo hay profesores que repiten hasta el cansancio y sin modificar una coma las tesis de la filosofía occidental: aquí también hay pensadores originales. Filósofos auténticos. Filósofos que no languidecen en una torre de marfil y que no

temen a los vendavales de la intemperie. Esa era su meta última, la más demoníaca de todas. Querían la emancipación mental de México. “Se es demonio, ante todo, por no respetar lo hecho y lo definitivo, por no inclinarse ante el ser; y en el ser, ante la sustancia”.³

De 1948 a 1952 la filosofía existencialista deambuló libre por las calles de la ciudad, en los billares, en los cafés de Bucareli, en el Bar Chufas de la calle López, escandalizando a la gente con demoníacas tesis sobre la precariedad de la existencia. La angustia y la nada eran temas obligados de salón, se las discutía entre un cigarrillo y otro, después del postre. Filósofos y no filósofos estaban al pendiente de las conferencias del Grupo Hiperión, de sus pasos y de sus gestos. Hubo entrevistas —decenas de entrevistas—, primeras planas, pleitos encarnizados con José Vasconcelos, con José Revueltas, con Narciso Bassols, con medio mundo. “La sociedad entera se conmovió, quedó admirada, estupefacta...”⁴

En el epicentro de ese terremoto se encontraba un muchacho de ojos chisporroteantes y sonrisa cínica.

UN VICIO LLAMADO EMILIO URANGA

¿Quién fue Emilio Uranga (1921-1988)? Algunos se formulan otra pregunta: ¿quién no pudo (o no quiso) ser? Se le recuerda sobre todo por su brillante e intrépido libro de 1952, *Análisis del ser del mexicano*, pero también por su trabajo como periodista y como asesor de cuatro presidentes: Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría, José López Portillo. ¿Estamos ante un “genio maligno” del PRI? ¿Un personaje sórdido que realizaba para los príncipes trabajos de cañería profunda? La imagen es un poco caricaturesca. Uranga fue un genio “como los que se dan en Europa una vez cada siglo”, según reza el famoso augurio (¿o habrá sido maldición?) de su maestro José Gaos.

Nadie nunca puso en tela de juicio su inteligencia endemoniada y su apabullante capacidad para hilvanar y deshilvanar ideas. Detrás de

los anteojos de montura de níquel, Uranga tenía una mirada de rayo láser. Un amago de sonrisa, un manoteo nervioso, una frase lapidaria de Uranga bastaba para echar por tierra el argumento de su interlocutor. Si algo lo caracterizaba era un afán implacable de desenmascarar, a lo Nietzsche. Mojaba su pluma en veneno antes de escribir; zarandeaba las fibras sensibles, leía entre líneas y aullaba lo que otros se empeñaban en ocultar. José Gaos, Juan José Arreola, Daniel Cosío Villegas, Carlos Fuentes y Octavio Paz fueron tan solo algunos de sus blancos predilectos. Nunca fue dócil. Ni con sus coetáneos ni con el poder. Le gustaba decir que era un consejero mas no un aconsejado del presidente. ¿Cómo fue que esta joven promesa de la filosofía se quedó en agraz, cambiando el ámbito ascético y monacal de la academia por los reclamos y los tirones del periodismo? ¿Qué pudo haber sido —qué puede ser— su “análisis del ser del mexicano”?

De su infancia y de su adolescencia nos quedan algunas imágenes huidizas. Lo veremos salir del colegio La Salle y tomar la mano de su tío, un hombre trajeado y de bombín. Lo veremos caminar con paso desenfadado por la calle Belisario Domínguez y detenerse en una librería a gastar el poco dinero familiar en los folletines de Rocambole, Sherlock Holmes y Julio Verne. Hacia 1935 lo veremos con las narices hundidas en la biblioteca del nuevo mercado Abelardo L. Rodríguez, justo frente a su casa, y lo veremos finalmente, a los 17 años, sentado en el salón de un personaje fascinante y misterioso: la Nena Serrano. Palabrejas como “escepticismo”, “estoicismo” y “eclecticismo” revolotearon por primera vez en los oídos de Uranga.

En la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) se ganó el apodo de *Enemilio* por su erudición y su estilo cáustico. No paraba de hablar. Sus palabras formaban un torrente que aturdí a sus compañeros y los llenaba de admiración. Leía a Ganivet, Unamuno, Ortega, Vasconcelos, Reyes, Joyce, Mann, Huxley. Iba del Café Colón a la nevería La Princesa y de allí a la Librería Robredo. La lechuza de la *Revista de Occidente* le devolvía la mirada detrás del escaparate.

Uranga se dio conocer en 1947 como el *enfant terrible* que rompió con la ortodoxia heideggeriana de José Gaos y como el principal

introdutor del existencialismo francés (Sartre, Merleau-Ponty). Se erigió en la cabeza más brillante y visible del Grupo Hiperión, conformado por Jorge Portilla, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Salvador Reyes Nevárez⁵ y Fausto Vega. Una vez defenestrado Gaos-Heidegger, los hiperiones tomaron la estafeta de la “filosofía de lo mexicano”. ¿Cómo definir al nuevo ser humano surgido de la Revolución? Esta pregunta de calado metafísico se la habían planteado Antonio Caso, José Vasconcelos, Samuel Ramos, Leopoldo Zea. Para estos filósofos, la Revolución era —o tenía que ser— algo más que un simple cambio de gabinete. Concebían al mexicano como un ente mercurial y ajeno a cualquier definición patrioterica.

La “filosofía de lo mexicano” abandonó los estrechos pasillos de la Casa de los Mascarones (es decir, la vieja Facultad de Filosofía y Letras) para convertirse en un fenómeno cultural. La gente se amontonaba y distribuía codazos para escuchar las candentes tesis de Emilio Uranga (“la vida para el mexicano entraña un esencial ‘tronchamiento’ o ‘quebrazón’, acción y efecto de romperse bruscamente, súbitamente”, “en el mexicano hay una sensación casi nunca dominada de agobio del ser”, “los comportamientos del mexicano son ‘modos’ de accidentalización de su originaria accidentalidad”). El joven filósofo ofrecía al público una sonrisa maliciosa y triunfante.

Uranga recelaba de la “doctrina de la mexicanidad” y de la fiebre modernizadora del gobierno. La Revolución institucionalizada le parecía superficial y grosera. El prejuicio de que el *Análisis del ser del mexicano* promovió una moda nacionalista hoy está refutado; lo mismo ese otro prejuicio que le arroga a Uranga el tenebroso propósito de legitimar, con terminajos filosóficos, la incipiente dominación priista. Hoy leemos el *Análisis* como un discurso ferozmente anticolonial.

Alfonso Reyes lo felicitó por el libro, le palmeó el hombro y lo instó a irse a Europa. En Friburgo conoció a Heidegger. “Causa pena ver al más grande de nuestros pensadores ataviado tan miserablemente. Un saco negro de corte sport, una camisa azul

y una corbata roja”. De Friburgo se trasladó a París, que era por entonces —mediados de los cincuenta— una gran fiesta latinoamericana.

Un día el doctor Jean Wahl, profesor de la Sorbona, invitó a Uranga a un coctel en que se darían cita filósofos de todas las latitudes. Uranga no sabía qué denominación elegir para su “sistema” filosófico. ¿“Humanismo del accidente”, “ontología del mexicano”? El anfitrión solventó el problema presentándolo como el exponente del existencialismo francés en México. “Hubo un murmullo de aprobación y de complacencia, se me tendieron muchas manos y un rescoldo de atención y de cuchicheos dio remate a la faena. El bautizo estaba ya consumado. La franquicia de universalidad conseguida sin vacilación ni cavilaciones”.

Uranga volvió a México en marzo de 1957. Retomó su trabajo como profesor de la UNAM, pero no acababa de sentirse cómodo en el salón de clases. Las festivas calles del centro histórico nada tenían que ver con la pedregosa Ciudad Universitaria. Gracias a sus *copains* en el gabinete, Uranga obtuvo trabajo como asesor de López Mateos. “Fueron años de un periodismo batallón en revistas como *Política y Siempre!*, y en diarios como *Tiempo de México* y *La Prensa*. En todo me consultaba con Porfirio Muñoz Ledo”. Uranga llegó a la conclusión de que “la filosofía de lo mexicano” era una filosofía caduca. Había tenido su vigencia y su contexto de enunciación. Resultaba inútil prolongar sus estertores.

“Examen”, la inclemente columna de Uranga en *La Prensa*, sobrevivió a la renovación de poderes de 1964 y se prolongó durante el diazordacismo hasta el año de 1968. Díaz Ordaz admiraba la inteligencia luciferina de su asesor. Procuraba mantenerlo cerca y a raya. Alguna vez se le oyó decir: “Estamos ante un raro caso de lucidez, de la que me tengo que cuidar, porque si abro la boca don Emilio me crea un problema”.

Se barajó el nombre de Uranga como uno de los posibles autores de *¡El móndrigo!*, un libelo infame que denostaba el movimiento estudiantil. Hoy se sabe que el autor principal de este libelo no fue

Uranga, sino Jorge Joseph Piedra. Sea como fuere, la matanza de Tlatelolco tuvo el efecto de ubicar a Uranga en el “lado oscuro”. No podemos caer en la tentación fácil de ver en él a un consejero áulico y mucho menos al orquestador de la represión gubernamental. Entre 1968 y 1969 publicó cerca de 120 artículos. Condenó con palabras taxativas la brutalidad del Estado. Ensayó arriesgadas hipótesis sobre la violencia juvenil y la violencia reactiva.

Uranga todavía publicó dos libros: *Astucias literarias* (1971) y *¿De quién es la filosofía?* (1977), en un intento por sustraerse a las pasiones efímeras y caedizas del periodismo. Falleció en 1988 tras un largo declive y sin haber dado nunca a la imprenta ese sistema filosófico eternitario con el que alguna vez soñó. Su obra se quedó inconclusa como la sinfonía de Franz Schubert. Cada oyente tiene que responder a la solicitud de completarla.

Uranga se perfila en la actualidad como uno de los filósofos mexicanos más importantes y más leídos. Su *Análisis* ya ha sido traducido al inglés y se le considera un referente para el estudio de las identidades fronterizas. Por sus críticas a la ontología occidental y por sus críticas a cualquier narrativa sustancializante y opresora, hoy reconocemos a Uranga como una especie de filósofo posmoderno *avant la lettre*. Comenzamos a reconocer, además, su faceta como crítico literario de afilado colmillo.

“Estás condenado a ser siempre promesa”, le dijo en cierta ocasión Rosario Castellanos. “Sí —replicó Uranga con cínico orgullo—, como un billete de la lotería, a un tris de ser, permanente y renovadamente, el premio mayor, pero no por ello perdiendo su calidad de ser un contrato de esperanza. Mientras haya viciosos de la lotería mi destino no caducará”.

EL ETERNO RETORNO

Una tarde de 2015 dejé caer el nombre de Emilio Uranga en la sala de Hugo Hiriart:

—¿Emilio Uranga? —Hiriart me lanzó una mirada de incredulidad por encima de su taza de café— Uranga fue mi amigo. Un hombre cabrón... pero muy inteligente.

Otro día telefoneé a la casa de Elena Poniatowska:

—¿Uranga? —advertí en su voz el mismo tono de incredulidad— Uranga fue mi compañero en el Centro Mexicano de Escritores. Siempre me pedía dinero prestado. No te puedo decir más.

¿Por qué el nombre de Emilio Uranga, a más de treinta años de su fallecimiento, sigue despertando reacciones de admiración e incomodidad? Detrás de este libro hay una búsqueda por hemerotecas y archivos privados en un intento por comprender lo que pasó entre los muros de la Casa de los Mascarones a finales de los cuarenta. ¿Quiénes fueron estos demonios que mantuvieron en vilo a todo un país? ¿Y por qué los filósofos de generaciones posteriores levantaron un cerco de silencio a su alrededor?

Esta es también una historia de amistad. A lo largo de la investigación muchas personas me abrieron generosamente las puertas de su casa y de su memoria. Las siguientes páginas son el resultado de esos cafés, de esas charlas, de esos correos en que salieron a relucir recuerdos tanto felices como dolorosos.

Emilio Uranga será el Cicerone que nos descubra sin miramientos ni disimulos toda una época de México. Pero también será, con frecuencia, un enorme y peligroso cachalote blanco dispuesto a no dejarse capturar.

Mi intención es una: profanar la más solitaria soledad de Emilio Uranga para obligarlo a revivir, una y otra vez, en cada lector, los años demoníacos de la filosofía.

Primera parte

Andanzas de mocedades (1921-1944)

En México se reparten tierras y libros. Una mujer misteriosa seduce a Emilio Uranga. Alfonso Reyes dicta una conferencia iluminadora y tiene su primer infarto. En la Casa de los Mascarones monta guardia fray Alonso de la Veracruz.

Conviene precavernos, es claro, del peligro de formular un nacionalismo filosófico en vez de filosofar con los tesoros de la experiencia nacional.

José Vasconcelos, *Indología* (1926)

Todo hombre corresponde, es verdad, a su época. Por grande y poderoso que sea su ingenio, se mueve siempre en el ambiente de su siglo; pero siempre aspira a realizar algo mejor, si es realmente un hombre de ideal. Muestra entonces a quienes lo siguen otras perspectivas, un término lejano hacia el cual marcharán si le entienden.

Antonio Caso, *La persona humana y el Estado totalitario* (1941)

1. Una breve fulguración

Una boda tiene lugar. Es la soleada mañana del 7 de junio de 1920 en el Sagrario Metropolitano. El novio —todo sonrisas— se llama Emilio Donato Uranga Andrade (1886-1946). No es precisamente un buen partido. Viene de una familia de músicos que rasguean la guitarra y el violín por los teatros y los bares de la capital. Seguramente fue eso, el rasgueo melancólico de una guitarra, lo que enamoró a María González Traslosheros (1893-1945). El apellido Traslosheros evoca la campiña poblana y el aroma del clavo, la canela, el ajonjolí. Su menguada fortuna se remonta al siglo XVIII, a la época del virrey Carlos Francisco de Croix, que los favoreció con tierras, hectáreas de tierras. Quizá ya no tuviesen el dinero de antes, pero seguían siendo, según la expresión de María (y de la mamá de María), “gente decente”.⁶

Un año después, el 25 de agosto de 1921, nació en la Ciudad de México Emilio Uranga González, nuestro protagonista.

No es descabellado afirmar que Emilio Uranga se percibía a sí mismo como la confluencia de dos familias antípodas en su historia y en sus costumbres. En palabras de Jorge López Páez, Emilio “traía un tráiler de malos recuerdos de familia. Esto no lo manifestó, pero se reveló en que, durante los años en que fuimos tan amigos, nunca mencionó a nadie de su familia, como si hubiera salido de un orfanatorio. Es probable que anduviera en busca de

un hogar”.⁷ López Páez nos brinda algunas claves para entender la personalidad de Emilio: un hombre escindido, partícipe de los extremos de un padre bohemio y de una madre de hondas raíces familiares y espirituales, pero también huérfano, en perpetua y frustrada búsqueda del “maternal sosiego del hogar”. La orfandad será, para Emilio, una especie de *a priori*.

El testimonio de López Páez coincide con el de Ricardo Garibay, otro amigo que trató a Uranga por muchos, muchos años, sin nunca terminar de roer el duro hueso de su vida íntima: “Me dijo de su padre una vez lo siguiente: ‘Era un hombre que vivía de noche. Era amigo de Tata Nacho y de Mario Talavera. Era de esa gente.’ Fue todo lo que me dijo en toda su vida. De su madre me dijo: ‘Era de Puebla, era una santa’. Pero lo dijo con sarcasmo. Fue todo lo que le oí de su madre”.⁸

En 1922 Emilio Donato dio a conocer un foxtrot llamado *Hawaiana*, su primera composición con letra de Ángel Rabanal. Sería una década fecunda para Emilio Donato: en 1926 presentó *La negra noche* —“la negra noche tendió su manto / surgió la niebla, murió la luz / y en las tinieblas de mi alma triste / como una sombra llegaste tú”—; en 1926, *Lindo Michoacán*; y en 1927, *Allá en el rancho grande* junto con Juan del Moral, según consta en el registro de la Sociedad de Autores y Compositores de México, aunque su autoría no está exenta de polémica, pues algunos ubican la composición en 1926 y la atribuyen a Silvano Ramos.

Emilio Uranga dio sus primeros pasos en la “nueva y suave patria” de Ramón López Velarde, bajo el signo de Álvaro Obregón y de José Vasconcelos; una patria que repartía libros además de tierras y que rápidamente se coloreaba con las tonalidades y los motivos de los muralistas mexicanos; una patria que observaba impertérrita el avance del foxtrot y de otros atentados yanquis al buen gusto; una patria que tenía en Antonio Caso, el Maestro de México, al portavoz más insigne de su filosofía.

Esta amalgama única de Revolución, Universidad, Estado, humanismo ateneísta y maderismo redivivo no sería, sin embargo, más que una breve fulguración.

EL LIBRO DE LA HUMANIDAD

Emilio Uranga habitaba en la vecindad de la calle Rodríguez Puebla número 25, a espaldas de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto. Por influencia materna, recibió una educación “olorosa a sacristía” en el Colegio Francés de La Salle, por la calle de Belisario Domínguez, junto al templo de La Concepción. Iba a recogerlo su tío, “muy serio, de bombín, buena gente. Silencioso el señor, trataba a Emilio con algo semejante al respeto. Aquel chamaco se le imponía”.⁹

De camino a casa, Emilio y su tío se detenían en una librería de préstamos a domicilio a abastecerse de novelas policiacas y de los folletines de *Rocambole*. “En mi niñez alternaban en preferencia Sherlock Holmes y Julio Verne”.¹⁰

En los patios de La Salle trabó amistad con José González Bárcena, Salvador Reyes Nevárez (futuro hiperión) y Federico Llanes, a quien llamaba “esclavo” con crueldad infantil.¹¹ Jugaban al trompo y andaban en patines en el patio trasero del templo de Loreto, a la sombra de la enorme cúpula neoclásica. En la foto de grupo del 4º año “B”, se ve a Emilio sentado en primera fila, con los hombros caídos y la corbata desalineada; se le ve serio, casi adusto, con el fleco lacio cayendo sobre su frente. Viste un saco cruzado de solapa ancha y tiene las manos entrelazadas sobre el regazo. “Desde aquellos años dedica horas en las tardes a la lectura, gracias a la ayuda de su madre, quien se las ingenia para conseguir dinero para la compra de libros (mediante la confección y venta de sombreros) y para mantener en propicia calma su pequeña casa”.¹²

Emilio coleccionaba timbres y sometía plantas e insectos a su escrutinio con el auxilio de un microscopio japonés y de sus amigos inseparables, José y Salvador. “Nos dio a los tres —tendríamos doce

o trece años— por ‘hacer el libro’. Este libro que haríamos era una enciclopedia en que se reuniesen todos los conocimientos de la humanidad. Visitábamos bibliotecas, copiábamos, dibujábamos... Nos orientábamos hacia las ciencias naturales. En realidad, lo que había era un espíritu de orden, de encasillar la balumba de nociones que se nos venía encima desde todos los sitios; de saber a qué atenernos y darnos cuenta también de cuál era exactamente el alcance de nuestras fuerzas”.¹³

En un intento por poner a prueba la intensidad y el alcance de las propias fuerzas, “José, Uranga y yo [Reyes Nevárez] conseguimos floretes de esgrima y nos batíamos incesantemente todo el santo día. Nos dio también la ventolera de construir un teatro de títeres... Igual que ‘el libro’ aquel enciclopédico, el teatro se quedó en proyecto”.¹⁴

Para 1934, no solo el alma del mexicano era bicéfala, aquejada de *bovarismo* (tesis de Antonio Caso) y de un sentimiento de inferioridad (Samuel Ramos); también lo era su gobierno, o sus gobiernos, en plural, pues contábamos por entonces con el gobierno *de iure* de Abelardo L. Rodríguez y el gobierno *de facto* de Plutarco Elías Calles, el Caudillo Máximo de la Revolución, lo que equivalía a decir su máximo sobreviviente. Con el Maximato había concluido —en principio— la purga posrevolucionaria y había dado inicio la era del Partido Oficial con su indefectible mecanismo de relojería. Los encabezados de los periódicos se repartían entre la guerra cristera y las acaloradas disputas sobre la idoneidad de implementar un programa de educación socialista en el país.

El 24 de noviembre, justo frente a la casa de Emilio Uranga, el presidente en funciones, acompañado del presidente electo Lázaro Cárdenas, inauguró el mejor y más extraordinario mercado de la capital: el mercado Abelardo L. Rodríguez. Con sus más de 11 mil metros cuadrados de superficie y sus 128 puestos en el pabellón cubierto, se trataba de una construcción sin precedentes. Contaba —y todavía cuenta— con una guardería, un auditorio y una biblioteca. Grandes porciones de sus paredes y techos fueron cubiertas

por murales bajo la conducción y supervisión de Diego Rivera. En la parte alta del mercado, el mural en relieve del japonés Isamo Noguchi llama la atención por sus puños atenazados de furia, un escalofriante esqueleto en posición fetal, una composición de tres hombres de carne reblandecida y contorsionados de dolor, una esvástica y una fórmula críptica y poco conocida por los mexicanos de entonces, la fórmula de Albert Einstein: $E = mc^2$.

Emilio Uranga, ese estudiante ansioso del Simón Bolívar que quería capturar en un libro todos los conocimientos de la humanidad, avizoró con ojo hambriento los movimientos delicados de los muralistas. Repasó y volvió a repasar cada uno de los anaqueles de la biblioteca del mercado. Allí se dio de bruces con un libro que los padres lasallistas ni siquiera mencionaban y que poco o nada tenía que ver con las aventuras de Julio Verne. “A mí siempre me gustó leer a Pascal, y eso para [mis maestros de La Salle era] muy peligroso”.¹⁵ Emilio desistió de la tarea desaforada de escribir *el* libro. Un pensamiento sobre la totalidad no podía limitarse a ser la yuxtaposición de conocimientos.

Sus andanzas e inquietudes muy pronto lo conducirían fuera de la biblioteca del mercado, fuera de otras bibliotecas, y hacia un lugar más fértil para el comercio filosófico: el camerín de lectura de la Nena Serrano. Aun más peligroso que su lectura de Pascal sería el encontronazo con la “brasa de Eros”.

2. La Nena Serrano

En una casa de la colonia Condesa, en la esquina de Durango y Sonora, Mireya Serrano (“La Nena”), pariente del General Serrano asesinado en Huitzilac, celebraba tertulias de salón donde fue a parar Emilio Uranga a los 16 años, estudiante del tercer curso de secundaria. La Nena había regresado del Oriente con un garbo aristocrático y unas maneras refinadas que hechizaban a los hombres. Sus dedos se desplazaban ingrátidos por el piano, apresaban un pincel (le encantaba la pintura sumi-e) o servían el té a sus invitados entre “calosfríos ignotos”. Doblaba en edad a Emilio, lo cual, para los estándares de la época, la convertía en una solterona “equidistante del rosal y el roble”. Fue a bordo de este “barco a punto de irse a pique”¹⁶ que Emilio exploró por primera vez las aguas de la filosofía. “Oí hablar [de la filosofía] a una mujer hermosa que era por entonces la personalidad orientadora, formadora en mi vida, y por tanto la filosofía se me apareció en sus orígenes revestida de prestigio erótico”.¹⁷

A duras penas podemos recrear con la imaginación el salón de la Nena Serrano, una gruta maravillosa y abigarrada de jarrones de porcelana china, biombos y candiles chispeantes, habitado por una decena de hombres de edad imprecisa, aderezados con corbata y sombrero, y en medio de esa concurrencia bulliciosa, en medio de un sopor de *friandises*, música (Debussy, Vivaldi) y tacitas de

café, el rostro alargado y enjuto de Emilio Uranga, un muchacho que pescaba al vuelo las palabras (“escepticismo”, “eclecticismo”, “estoicismo”) y que las retenía en su mente para luego buscarlas en el diccionario. “Mi amable iniciadora me puso entre las manos una elemental *Initiation Philosophique* de Émile Faguet, librito en que aprendí el sentido de esos términos de rigor en las conversaciones; y esta pequeña victoria sobre mi ignorancia, este enriquecimiento de mi léxico, cuenta como la primera tarea que se me planteó y que resolví con paladina ventaja para mi pertenencia al salón. Una parte esotérica del lenguaje me cosquilleaba ya con irisaciones de familiaridad”.¹⁸

La filosofía —esto lo descubrió Emilio a los 16 años— debía parecerse más a una tertulia de salón, “un encantado jardín soñoliento”, entre golosinas y “llamaradas de claveles”, que a la quietud casta y aséptica de los claustros. “La filosofía no era —no es para mí— tema de un devaneo solitario, sino asunto de conversación, de comunicación, de vida en común; red que se tiende como un puente entre un yo y un tú; secreción eróticamente potenciada de la relación humana”.¹⁹ Las palabras embelesan, hieren, son bestias que hay que domeñar, la llave que abre las puertas del mundo adulto.

La Nena puso a su alcance una “filosofía sensual”, esto es, una filosofía repleta de carne y materia, contagiada de mundo, mundana (impregnada de “fenomenicidad”), “jovial, festiva, entusiasta”, hecha de ideas, pero también de celulosa. Una filosofía que se puede oler y acariciar y que tiene que ver con libros bellamente encuadernados y con afeites femeninos. “No podré olvidar nunca la tarde en que la señora, mientras me servía una tacita de café y me invitaba a ponerme cómodo en una butaca de su camerín de lectura, me puso entre las manos el primer tomo empastado en rojo vivo de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, Biblioteca de Ideas del Siglo XX. ¡Aquello era algo más que un libro, era el fetiche, el talismán, la piedra preciosa tallada elegantemente, un aderezo, una fiesta de la inteligencia y de la sensualidad a la vez! Desde entonces la filosofía es para mí un bello libro bien acabado

por dentro y por fuera; una perfección formal ante todo, una obra de arte. Estos bellos libros podían figurar sin desentono al lado de los objetos que integran el instrumental íntimo de una dama. Podían reposar en la mesilla de noche y ser acariciados, mientras se recitaba la lección de filosofía, por dedos largos y finos”.²⁰

Más de cuarenta años después, la Nena seguiría presente y disponible en la memoria de Emilio Uranga. En la primera página de su diario personal de 1979 (2 de enero), se lee: “*Merveille du voisinage*. El milagro de la cercanía, y fue también el de la Nena. La más apasionante de mis andanzas de mocedad”. Esta pasión no era otra que la pasión por la filosofía o, mejor dicho, *el descubrimiento de la filosofía como pasión*.

No nos es dable conocer el desenlace de este idilio. Vemos a un muchacho, esmirriado y nervioso, alejarse de la casa de la Nena con el libro de Spengler bajo el brazo, un librito que cargaba a todas partes y que acariciaba con insistencia, como si se tratara de un talismán o de una espalda desnuda.

ENEMILIO

En la Escuela Nacional Preparatoria (ENP) se dejaba sentir la agitación política y el ímpetu por llevar a término el programa cultural de la Revolución. En los patios y los corredores de San Ildefonso, bajo la mirada recia de Cortés y la mirada de párpados caídos de la Malinche (el fresco de Orozco que engalana las escaleras), descollaron la personalidad y la inteligencia excepcionales de Emilio Uranga.²¹ Su mordacidad de adolescente le valió el apodo de *Enemilio*, “le quedaba bien esa vengativa corrupción de su nombre”.²² Los primeros augurios de fama y grandeza no tardaron en extenderse sobre él confiriéndole un halo de superioridad intelectual que aprovechaba para hacerse de interlocutores. El diálogo, ya fuese oral o epistolar, era su palestra. Ricardo Garibay recuerda que “era imposible estar con Uranga un minuto en silencio. Él hablaba y dejaba hablar, y uno tenía

que estar vigilantísimo para poder dar la réplica, y volvía él a hablar. Al final él había hablado tres, cuatro, cinco horas, y uno unos veinte minutos. La relación era oral y sin tregua”.²³

Garibay y Uranga se conocieron en la Prepa gracias a una adición común llamada James Joyce. Uranga también leía a Thomas Mann y Marcel Proust (nombres excéntricos entre los preparatorianos). Nadie lo aventajaba en voracidad y en capacidad lectora. “Intelectualmente era, en aquel tiempo, casi un monstruo. Veníamos todos de familias normales, naturales, buenas y honestas, y no sabíamos de dónde llegaba él; pero su ejercicio intelectual nos superaba tanto que en su cercanía crecíamos y crecíamos, porque si no, no había manera de dialogar. ¡No había manera de irle a la zaga!”²⁴ Uranga, que ya dominaba el francés, comenzó entonces sus estudios del alemán. Había que estudiarlo para enterarse de las primicias que llegaban de Europa.

Uno de los que crecieron vertiginosamente en las inmediaciones de Emilio Uranga fue Rubén Bonifaz Nuño: “Estaba yo en una ocasión en un barandal de uno de los patios de la Escuela Nacional Preparatoria, allá en San Ildefonso, leyendo en un libro de texto *El canto a Morelos* de Amado Nervo, cuando llegó Emilio y me dijo: ‘¿Qué estás leyendo?’ Le dije: ‘Este poema que es el mejor que se ha escrito en México’. Y empecé a leerle en voz alta: ‘En un pliegue de la sombra, Dios oía. Su equilátera pupila, con ciclópea luz divina, como inmensa estrella absurda, daba miedo a los cometas, pavorreales de las noches infinitas.’ Todas aquellas maravillas grandilocuentes. Emilio ni siquiera me interrumpió. Simplemente se dio la vuelta y se fue. Al día siguiente me llevó prestado un libro de Rafael Alberti, *Entre el clavel y la espada*. Lo leí y me maravilló porque era algo completamente distinto de lo que yo había leído antes. Me percaté de lo que me había querido decir Emilio, que yo estaba en otro tiempo, un tiempo equivocado, que la poesía que se hacía en aquel momento, en 1940, ya era otra cosa”.²⁵

En una novela de 1987 llamada *Tiempo arriba*, Salvador Reyes Nevárez relata para nosotros, bajo una fina y translúcida pátina de

ficción, el ambiente de la ENP y de ese México convulso de finales del cardenismo, enriquecido con la llegada abrupta de los emigrados españoles... y muy en especial de las *emigradas*.

A la salida de clases, o entre una clase y otra, Raúl (el protagonista) se reunía con sus amigos en la nevería La Princesa. Álvaro —el amigo despótico en que se reconocen a simple vista los rasgos de Emilio— se pedía un refresco de naranja y comenzaba a planear la inauguración de un Segundo Ateneo de la Juventud “con voz llena de aristas”²⁶ o comenzaba su ya habitual y extenuante faena de aliño con las ideas. “Álvaro le fascinaba cuando en vez de agazaparse se abría de capa. Entonces las conversaciones fluían sin tropiezos. Aparecían nítidas las ideas y los interlocutores podían examinarlas flanco por flanco, apreciar su peso y su consistencia. Podían analizar sus mutuos enlaces e internarse unos pasos en aquel bosque de relaciones de afinidad, de antagonismo, de causalidad y de finalidad... Juego de lucidez, de pasión cautelosa, de iluminaciones súbitas, decepciones y dudas... Álvaro preparaba temas. Preparaba —nunca podía preverse— alguna trampa intelectual... Era como un jugador que disimula astutamente sus planes y estudia las alternativas de que dispone”.²⁷

Para algunos, Álvaro-Emilio era el *súmmum* de la inteligencia; para otros, un vil farsante. De regreso de La Princesa, los jóvenes neoateneístas pegaban las narices en el escaparate de la librería Robredo, ubicada en el número 1 de la primera calle del Relox (en lo que fuera la esquina de las calles de Argentina y Guatemala, una esquina que ya no existe, dicho sea de paso, porque en 1978, justo debajo de la librería, se descubrió el monolito de la Coyolxauhqui, la diosa descuartizada de la Luna). La lechuza de la *Revista de Occidente* —la revista germanófila de José Ortega y Gasset— devolvía la mirada a los jóvenes. “Ortega [había hecho] de Alemania la tierra de las novedades incitantes, la inagotable fuente de revelaciones. Lo que había sido Francia por mucho tiempo vino a serlo ahora Alemania”.²⁸

Comenzaba a esparcirse la creencia de que los franceses (Boutroux, Bergson) habían ayudado a la generación del Ateneo a de-

moler el edificio porfiriano-positivista, pero que ahora, ya una vez enfundada la pistola y en plena fase constructiva de la Revolución, había que servirse de los alemanes (Husserl, Heidegger, Scheler, Hartmann).

EL SEGUNDO ATENEO

La ceremonia de inauguración del Segundo Ateneo (¿1939-1940?) tuvo lugar en el salón del Consejo Universitario de San Ildefonso y contó con la presencia y el aval de algunos profesores. Hurtado (¿Henrique González Casanova?) ofreció un discurso: “Lo único que deseamos es hacer en forma modesta, pero entusiasta, una tarea que consideramos urgente: la de revisar los grandes nombres y los grandes hechos de nuestra literatura, nuestra filosofía, nuestro arte; y la de someter a un análisis severo nuestra historia política, para integrar de este modo una imagen real del país. México —estamos seguros de ello— es una patria con una venda en los ojos y no atina a reconocerse. Muchos le han puesto máscaras y han contribuido a gigantescos engaños... La historia de México ha sufrido una serie de entuertos que es preciso enderezar. Vasconcelos ya inició esta labor y nosotros tenemos que proseguirla...”²⁹

De ser cierto el testimonio de Reyes Nevárez, de no estar falsificado por la delicada y traicionera operación de poner el tiempo arriba, el Segundo Ateneo de la Juventud habría sido un proyecto muy precoz de autognosis del mexicano. Un proyecto de rescate y *depuración* de la tradición propia. Lo que estos adolescentes heredaban era, como bien decía el manifiesto de Octavio Paz en su revista *Taller* (1938-1941), un movimiento, no una inercia; un estímulo, no un modelo. Su propósito: quitar una venda de los ojos de la patria.³⁰

“Álvaro sonreía. Volteó para compartir con Raúl su señal de malicia. Era como si él ya hubiera dictado el juicio que habrían de formular las generaciones futuras sobre el grupo; y como si —jugador marrullero— lo guardase en la manga”.³¹

La fundación del Segundo Ateneo de la Juventud iría acompañada de dos ciclos de conferencias, uno dedicado a pensadores mexicanos (Vasconcelos, López Velarde...) y otro a pensadores extranjeros (Ortega, Unamuno, Huxley, Joyce, Maurois). Los temas eran repartidos por Álvaro entre risas cortantes. ¿Por qué estos jóvenes del Segundo Ateneo eligieron como punto de referencia a un filósofo de prestigio tan menguante como Vasconcelos? ¿Y por qué, si lo que querían era “someter a un análisis severo nuestra historia política”, mostraban una predilección ostensiva por la literatura española, anglosajona, alemana y francesa? Para estos adolescentes impetuosos, la esencia de México —su mejor y más rica tradición— no se hallaba en los adefesios de Diego Rivera, los veneros de petróleo o la educación atea. Todo esto, ¿a cambio de qué?, preguntaban retadores. “A cambio de los clásicos del Siglo de Oro, de la sombra del Cid, de los sagrados transportes de Teresa de Ávila, de los exabruptos de Unamuno... La verdad no aceptamos el trueque. Queremos que México sea un país culto y con ideales, y no un campo de experimentación de teorías materialistas y de desahogo para los indios resentidos”.³²

¿Cómo podríamos calificar entonces la posición ideológica de Álvaro-Emilio, el lector, acaso único en la ENP, de *La montaña mágica* de Thomas Mann; el alma de la palomilla, cuyo solo nombre “estaba envuelto en tales velos de suspicacia que producía en Raúl entre azoro y temor”?³³ ¿Era franquista o republicano? “Ni una cosa ni la otra —contestaba Raúl—. Hispanista. Pero ni siquiera esto es muy claro. Es adepto de Ortega y Gasset, de Unamuno, de Ganivet...”³⁴

Uranga era adepto de la generación española del 98, cuyo santo y seña había sido la búsqueda del quid y los límites de la *hispanidad* frente a la crisis de fin de siglo. El así llamado “desastre del 98” —o sea, la independencia de Cuba, última colonia ultramarina de España— sacudió la vida intelectual de la península. Por primera vez en varios siglos se puso el sol en los dominios españoles. España se convirtió en un problema, en una preocupación para sí misma.

Ángel Ganivet (1859-1909) sentó las líneas cardinales de la generación del 98 en su *Idearium español* (1897). Para ejercer influen-

cia real en la vida de los hombres, la filosofía debe arrancar de la vida misma. “Una filosofía universal, como pretendió serlo la escolástica, es contraproducente. Someter a la acción de una ideología invariable la vida de pueblos diversos, de diversos orígenes e historia, solo puede conducir a que esa ideología se transforme en una etiqueta, en un rótulo, que den una unidad aparente debajo de la cual se escondan las energías particulares de cada pueblo, dispuestas siempre a estallar, y a estallar con tanta más violencia cuanto más largo haya sido el período de forzado silencio. La filosofía más importante, pues, de cada nación es la suya propia, aunque sea muy inferior a las imitaciones de extrañas filosofías; lo extraño está sujeto a alternativas, es asunto de moda, mientras que lo propio es permanente: es el cimiento sobre el que se debe construir”.³⁵

Había que romper la espesa costra de “extrañas filosofías” y de extrañas aspiraciones y legislaciones. Había que volver sobre sí, a juicio de Ganivet, y “liberar las energías particulares de cada pueblo”, lo que implicaba, en el caso de España, redoblar el apego a la filosofía de Séneca y a la filosofía del cristianismo. Para sobreponerse a la ruina espiritual y para fortificar su prestigio en los países de origen hispánico, España debía distender el puño, renunciar a la dominación materialista y utilitarista, dar comienzo a una unión más íntima, más fraterna. “Una restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte, y por donde hoy espera que ha de venir la salvación; y en cada una de esas puertas no pondremos un rótulo dantesco que diga: *Lasciate ogni speranza*, sino este otro más consolador, más humano, muy profundamente humano, imitado de San Agustín: *Noli foras ire, in interiore Hispaniae habitat veritas* [No salgas fuera, la verdad habita en el interior de España]”.³⁶

Ganivet conminaba a un repliegue y a un recogimiento; una toma de conciencia, una restauración integral de la vida, de dentro

hacia fuera, sin esperar la salvación mágica de algún ideal extranjero, para sacar de allí, de estas energías particulares liberadas, una filosofía propia, capaz de modular las acciones, de ser “el cimiento sobre el que se debe construir”.

Las conminaciones de Ganivet, aunque databan de 1897 e iban dirigidas al público español, habrán sonado excitantes a los jóvenes mexicanos de la generación de Uranga. También ellos tenían entre manos un país que reconstruir, de adentro hacia fuera. También ellos andaban en busca de una tradición que resguardar y de la cual sacar fuerzas y materia prima para una filosofía nacional, por definición “la filosofía más importante”; había que llevar a cabo un esfuerzo de concentración, en contra de la *abulia*, el no-querer, “la repugnancia de la libertad a ejercer actos libres”³⁷. Solo que estos jóvenes mexicanos no cerrarían puertas; muy por el contrario, las abrirían todas, cuantas más mejor, convencidos de que el rótulo de San Agustín se había trasladado del frontispicio español al mexicano: ahora la verdad habitaba en México. Y España, cimbrada por la Guerra Civil y debilitada por el éxodo de sus intelectuales (muy lejos del futuro añorado por Ganivet), y Europa, arrasados sus campos y sus ciudades por los tanques y los bombarderos, andaban o andarían sedientas de esta verdad.

No olvidemos que, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, América Latina fue el objeto de una disputa ideológica entre el discurso yanqui del panamericanismo y el discurso profascista de la hispanidad, sustentando por el gobierno de Francisco Franco.³⁸ En contra del latinoamericanismo y del discurso de la hispanidad, que ponía énfasis en el vínculo histórico entre España y América Latina, el panamericanismo buscaba congraciarse al Norte, es decir, a Canadá y Estados Unidos, con el Sur, y disponer a este nuevo bloque continental en contra de la injerencia europea.³⁹

Cualquier manifestación enfática de hispanofilia o cualquier mención de “hispanidad” bien podía interpretarse como adhesión al franquismo, más aún si estas manifestaciones y menciones provenían de un mexicano. Álvaro-Emilio hubiese repelido con “una fórmula

sagazmente elegida”⁴⁰ nuestras tentativas de encasillarlo. Sus simpatías por el pensamiento español podían deberse a razones no exactamente políticas sino *existenciales*. En un punto de la novela, Reyes Nevárez nos presenta a Álvaro-Emilio en La Princesa, hojeando un libro forrado de papel gris: *El tema de nuestro tiempo*, de Ortega y Gasset. “Interesante —informó Álvaro—. Resulta que nosotros hacemos nuestra vida. No somos nada concreto. No somos esencias, sino existencias. Nos estamos haciendo a cada paso. A cada instante. Y lo que nos hacemos depende fundamentalmente de nuestra libertad. Es lo que llama Ortega ‘el negocio de vivir’”.⁴¹

Esta libertad, esta repulsión a los determinismos, este negocio de vivir casaba muy bien con los esfuerzos (pacianos, neoateneístas) por conquistar una tierra viva y un hombre vivo, por construir un orden humano, justo y nuestro, y, en el caso de los peripatéticos de San Ildefonso-Librería Robredo-La Princesa, el esfuerzo por superar los tumbos y las inseguridades de la edad adolescente y por hacerse hombres de una pieza, “nada menos que todo un hombre”.

UN TEÓRICO DE SANGRE FRÍA

Una tarde, Álvaro y la palomilla visitaron en su casa a un profesor de la ENP. Lo encontraron muy atareado, en mangas de camisa, con un volumen empastado en cuero negro extendido sobre el escritorio.

—¿Qué lee usted, maestro? —Álvaro hizo la pregunta.

—A Spranger. Es una edición alemana —el maestro tomó el libro amorosamente y lo entregó a Álvaro.

—La *Psicología de la adolescencia*... —Álvaro indicó el título con temor a equivocarse.

—Exacto. Un gran libro. Hay edición castellana de la *Revista de Occidente*.⁴²

Emilio tomó nota mental del título para buscarlo más tarde entre los anaqueles de la librería Robredo. No encontró el libro

de Spranger, pero adquirió y devoró en su lugar la *Psicología de la adolescencia* de Aníbal Ponce (Capítulo IV. La angustia).⁴³ Emilio, ya en la prepa, cosechaba el gusto por la psicología y un gusto aún mayor por encontrarle una aplicación inmediata entre su incauto círculo de amigos “como para adiestrarse, para foguearse en el uso de la inteligencia”.⁴⁴

Álvaro-Emilio veía en las desgracias de Raúl solo la materia prima para sus diagnósticos psicológicos. “Raúl se sintió agredido. Lo había agredido Álvaro, lo había desdeñado, y ahora le jugaba una mala pasada. Utilizaba su desventura como un simple pretexto para teorizar... Álvaro movía una complicada fábrica de conceptos e ideas, y al hacerlo adoptaba un gesto de soberbia; pero no entendía, aunque creyese que sí. No entendía y su soberbia era risible, aunque Raúl —y eso le provocaba rabia— era impotente para demostrárselo... Raúl admiró a Álvaro. Admiró su sangre fría. Admiró su capacidad de reducirlo todo a esquemas diáfanos. Pero se sintió torpe y a su merced. Álvaro seguía mirándolo y sonriendo, con aquella sonrisa que era un poco una mueca. Como si le dijera, muy entre líneas, ‘Te tengo en mis manos y no te escaparás’... Álvaro campaba, se regodeaba, se hinchaba”.⁴⁵

A las reuniones y conferencias del Segundo Ateneo de la Juventud asistieron Ricardo Garibay, Henrique González Casanova, “con su buen humor [y] su inteligencia semejante a una lanceta”,⁴⁶ Rubén Bonifaz Nuño (lector ya de Alberti y no de Nervo). “Rafael Corrales Ayala no estaba en la Prepa, pero era miembro del Ateneo. Cultivaba con muy buen éxito la oratoria y vislumbraba un futuro halagüeño en la política. Se preparaba bien. Se quemaba las pestañas sin confiar en que un golpe de suerte lo decida todo. Leía a Ortega y a Maurois. Se entusiasmaba con el Conde de Keyserling. Sergio Avilés Parra tenía preferencia por Vasconcelos. Carlos Vargas Ortiz oscilaba entre las letras y la política estudiantil... José [González Bárcena] se iba quedando a la zaga desde el punto de vista académico. Entró a trabajar, no pudo formar parte, entre otras razones porque no quiso, del Segundo Ateneo”.⁴⁷

Entre los alumnos de la ENP —y, quién sabe, tal vez en las reuniones de La Princesa y del Ateneo— había un muchacho “lacónico y sonriente” al que nunca se le escuchaba “una expresión de malhumor o de amargura”.⁴⁸ Este muchacho de lentes redondos como los de Emilio Uranga respondía al nombre de Luis Echeverría Álvarez.



Salvador Reyes Nevárez